

No podríamos, sin embargo, hacer aquí ni una cosa ni otra —traer ante nosotros a un autor y situarlo ante la sociedad de su tiempo, siquiera sólo en rapidísimo esbozo— con la brevedad exigida a una reflexión que aspira a contenerse ahora en unos ciertos límites. Contentémonos de momento con sospechar que ni aun dentro de las analogías que pueden establecerse (y que, de hecho, se establecen sin demasiada dificultad) entre los fines de siglo, y especialmente entre el del siglo XIX y el nuestro, es dable situar ahora, en rigor, los términos del problema. Se ha dicho, tal vez con razón, que ambas épocas han sido, en lo cultural, épocas de transición (hacia la exasperación «vanguardista» de lo moderno, en un caso, y hacia un más allá de lo moderno, en el otro), pero tal observación deja de lado aventuras de la palabra y del espíritu que no parecen inscribirse con facilidad en ese esquema conceptual e histórico, demasiado amplio, en verdad, para definir períodos culturales extraordinariamente ricos. Pues lo que parece ser cierto para Mallarmé o para Munch (esto es: que, de algún modo, ellos preparan el camino que conduce a Eliot o a De Kooning), ¿estamos seguros de que define igualmente los universos de un Mario Luzi o de un Balthus, alejados de toda voluntad de «vanguardia»? Pues, ¿qué preparan éstos, a su vez? Es evidente que aún no poseemos perspectiva temporal suficiente para hablar de nuestro fin de siglo en términos de un completo conocimiento de su sentido cultural profundo, por más que ciertos datos parezcan inequívocos.

Aceptemos por un momento, sin embargo, la hipótesis que acabo de resumir: los dos fines de siglo se parecen; sea. ¿Nos autoriza ello a pensar que, en ese marco de analogías, las palabras de Mallarmé conservan toda su significación para el tiempo presente? Sí y no, diría. Mallarmé se enfrentaba a fines del pasado siglo a los avances de un «intercambio» de palabras que, en los estertores de la primera revolución industrial, parecían experimentar, a su juicio, una completa degradación, una pérdida de su espesor y un empobrecimiento de sus significados múltiples. Un cierto nihilismo moral y epistemológico, que Europa heredaba de la Ilustración, se había adueñado de la visión del mundo. Se había adueñado, para empezar, de la experiencia del lenguaje, de su circulación social, contagiado —sobre todo en los usos periodísticos, según Mallarmé— de un utilitarismo enteramente contrario a la magia originaria de las palabras y que era, ciertamente, la negación de toda dimensión creadora de la lengua. El utilitarismo empobrecía la vida de las palabras y la vida del espíritu; la lengua, desgastada por el uso y adulterada por las manipulaciones de todo tipo que sufría en el intercambio social, debía recuperar, así pues, su valor como elemento depositario de la antigua concepción mágica del mundo.

Tarea, en verdad, condenada a ser objeto de un supremo «estupor» creativo, próximo a una suerte de rara «contemplación» suspendida del lenguaje; un lenguaje, en todo caso, llevado hasta el límite de las significaciones. Se trataba de una tarea, en fin, condenada a representar una completa contravención de los usos «sociales» de la lengua, una lengua tan desgastada que era preciso, ante todo, restituirle una pureza que no debía perder, bajo la amenaza de hacer peligrar asimismo la vida del espíritu. «Dar un sentido más puro a las palabras de la tribu»: semejante designio, que constituía tanto una suprema ambición intelectual cuanto una profunda exigencia del espíritu, ¿no suponía, en efecto, un propósito que desembocaba de manera inevitable en la figuración, sí, del poeta como un hombre que «esculpe su propia tumba»? El poeta estaba entonces condenado, sin duda, a la tarea más difícil: devolver a la palabra —socialmente empobrecida hasta el punto de haberse convertido tan sólo en un vehículo de información, esto es, en *instrumento*, por lo demás fácilmente manipulable— un poder de conjuro, una energía perdida por el uso. Una práctica semejante del lenguaje solamente podía conducir al poeta a la marginación.

Cabría preguntarse, en efecto, cuánto de este supremo designio (y, no debe olvidarse, de esta suprema *necesidad* del espíritu) no forma parte igualmente de nuestro mundo de hoy. En otras palabras: si nuestras sociedades postindustriales, en las que la realidad tecnológica tiende a anular toda actividad del espíritu, hacen un uso de la palabra distinto al denunciado por el poeta francés en relación con la sociedad y la cultura de su tiempo ¿permiten esas sociedades postindustriales «vivir» al poeta? La reflexión se dirige inevitablemente a preguntarse ante todo si la «situación» de las palabras y el valor de éstas son hoy en verdad diferentes al período en que Mallarmé «esculpía su propia tumba», es decir, al momento en que proponía como trabajo fundamental del poeta la urgente, imprescindible «purificación» del lenguaje.

La banalidad de los productos culturales es uno de los rasgos más característicos de nuestro fin de siglo. ¿Puede negarse que asistimos, hoy, a una casi completa hegemonía de la cultura de la trivialización y de la intrascendencia, una cultura que condena a sus márgenes toda empresa de conocimiento, toda «actividad del espíritu», empezando por la palabra poética, la palabra que representa, en sus casos mejores, la más enérgica impugnación de todo «pragmatismo»? No puede negarse que esa banalización se origina hoy, ante todo, en una adulteración de la palabra, en su instrumentalización más intencionada. Las sociedades de las «autopistas de la información», de las pantallas «interactivas», ¿cómo se sitúan ante la *vida de la palabra* sino en los términos de una completa relegación de ésta al extrarradio de lo condenado a desaparecer? No es infrecuente, hoy

por hoy, escuchar argumentos de entera condena de la «cultura» tecnológica, acusada de actuar sobre el mundo tan sólo desde el plano de lo práctico, que amenaza con hacernos creer, más pronto o más tarde, que es, en el fondo, el único; el plano —dicho de otro modo— que parece satisfacer todas nuestras necesidades respecto a la «realidad» misma del mundo. ¿Es cierto que, según se ha dicho alguna vez, bajo el predominio tecnológico el mundo pierde espesor moral? La respuesta no ofrece dudas, al menos en la medida en que es justamente la *vida de la palabra* lo primero que la tecnología tiende a condenar o marginar, esto es, la palabra que no sirva únicamente como información; una palabra reducida, en cualquier caso, a cumplir una sola y exclusiva función y a carecer de todo sentido fuera de ella. Reducción de las posibilidades del lenguaje —reducción del mundo—.

Por otra parte, ¿es hoy menos «nihilista» nuestra cultura que hace un siglo? Se diría que no han hecho más que agudizarse y agravarse las condiciones y las consecuencias del «nihilismo» posterior a la «muerte de Dios» y a la entronización de la tecnología como único horizonte del conocimiento. ¿Qué otra cosa que un nihilismo define a nuestra cultura «post-utópica», una cultura que anuncia el fin de la historia y la inutilidad de todo empeño de transformación de nuestras sociedades, después de admitir que un solo sistema económico es hoy por hoy posible? Son incontables las anuencias que esta situación ha alcanzado entre quienes dan por irremediabilmente perdida la antigua «cultura» de lo sagrado y su validez para el mundo de hoy. Pero ni siquiera se hace entrar en juego la idea de que esa cultura era, al fin y al cabo, «precientífica», sino que basta el solo testimonio de los hechos (es decir, de los beneficios económicos, o más bien de la ausencia de éstos) para que toda dimensión *espiritual* sea marcada con el estigma de la «inactualidad». Tal es, hoy más que nunca, el estigma (el signo) de la poesía, de una entrega a la palabra incondicionada que choca abruptamente contra los muros del «reino» tecnológico. La experiencia de la palabra poética —como la experiencia religiosa, de la que en realidad se vuelve indistinguible— tiene lugar en un exilio: dibuja, ella misma, los límites de su apartado territorio.

(La rápida descripción que acaba de hacerse no es válida, claro está, para esa otra clase de «anuencia» con la cultura nihilista-tecnológica que representan las formas más toscas y cerradamente «ideológicas» de los *realismos* del siglo XX, cuya concepción de lo poético no sólo niega toda dimensión espiritual, sino que acaba por identificarse con la trivializadora cultura tecnológica de la «utilidad social», una cultura a la que, en verdad, no deja de representar a su modo, y cuyos valores —los valores utilitaristas— deben apoyarse una y otra vez, a la larga, en los principios

ilustrados, opuestos a la idea de «trascendencia», y lo que ellos significan: una condena radical de lo «imaginario» y una completa negación de lo sagrado.)

El «fin de las utopías» nos ha hecho tropezar de bruces, sin embargo, con una nueva realidad, una realidad que nos ha devuelto, huecas, las promesas ilustradas de una ciencia capaz de conducirnos a un paraíso social y cultural. Tales promesas incumplidas deberían hacernos pensar que la erradicación del horizonte humano de la idea de lo trascendente ha contribuido, quizá como ningún otro elemento lo ha hecho (ni la ciencia misma), a la conciencia nihilista. En este sentido, la mejor poesía de nuestro siglo ha ofrecido reiterado testimonio de una *vida de la palabra* que ha reflejado como ninguna otra «materia» cultural la situación real del hombre y las amenazas que se ciernen sobre nuestro mundo. Al frente de su *Sueur de sang* escribía el poeta Pierre-Jean Jouve: «Conocemos hoy miles de mundos en el interior del mundo del hombre, cuya propia obra estuvo dirigida a ocultarlos; conocemos miles de capas en la geología de este ser terrible que se desprende con obstinación y quizá de un modo maravilloso (aunque sin llegar a conseguirlo del todo) de una arcilla negra y de una placenta sangrienta. Se abren así muchos caminos cuya complejidad y rapidez pueden darnos miedo. Este hombre ya no es el personaje con traje o uniforme que habíamos imaginado, sino más bien un abismo doloroso, cerrado, pero casi abierto, una colonia de fuerzas insaciables, raramente felices...». Ante las promesas incumplidas de la razón ilustrada y sus conocidas consecuencias, no deberíamos olvidar que la palabra poética no ha dejado de hablarnos en ningún momento del «ser terrible», del «abismo doloroso» de lo humano; una palabra que nos dice mucho más del hombre y de los hombres que toda ideología de «uniformización» necesitada de condenar los «miles de mundos» que se hallan en el interior del hombre. Uniformización que representa, ante todo, una negación de esos «mundos» en los que se sumerge la *vida de la palabra*, una negación de esa suprema *actividad del espíritu*. He aquí una de las razones por las que la palabra de la poesía aparece en nuestras sociedades condenada a vivir en los márgenes, una de las razones por las cuales el poeta —el único que puede, en realidad, dar cuenta de aquellos «miles de mundos»— aparece socialmente «aislado».

Su testimonio, sin embargo, no cesará. Hace ya más de un siglo que el poeta es consciente de estar «esculpiendo su propia tumba», y no por ello —es decir, por la marginación en que se ve condenado a vivir y por el hecho de que su «público» apenas exista o, en otras palabras: de que sus lectores no pasen de ser, en términos de la «industria cultural», y aun en los mejores casos, una descorazonadora minoría—, no por ello, en efecto,